

—Sí: es un ángel; y si realmente piensas en casarte, como dices, con nadie podrias ser tan feliz; sólo te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que es pobre; su padre es segundón y no tiene caudal.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? Yo soy rico para los dos.

El Conde y Pedro salieron de casa de este último y se dirigieron á casa de Gabriela.

## II

### GABRIELA

Don Salvador de Mendoza—hijo, lo mismo que Pedro, de una ilustre casa,—había tenido que buscar en la misma carrera que aquél había seguido por entusiasmo, un remedio á la pobreza que le amenazaba: siguió con brillantez su carrera de leyes, y siendo ya un abogado de reputación bien sentada, se casó con una señorita bella y de una familia tan distinguida como la suya.

Dios bendijo su matrimonio y su holgada mediana con cinco hijos todos varones: la madre adoraba en ellos y los cuidaba de tal modo, que, á su parecer, les ofendía el aire y la luz: su padre se pasaba jugando con ellos todos los ratos que le dejaba libres el asiduo trabajo á que se consagraba.

Era de verle por las tardes, después que salía de su despacho, tendido sobre la alfombra y jugando con sus cinco niños, como un niño mayor y más loco que todos; y no pocas veces, al ir á



buscarle un cliente ó un amigo, había repetido las palabras del monarca francés al embajador de una corte poderosa:

—Vuestra señoría es padre, y así me permitirá que dé otra vuelta sirviendo de cabalgadura á mi hijo.

Puede suponerse si los niños adorarían á un padre semejante, y si la madre sería dichosa ál ver á los seis: mas ¡ay! una fiebre maligna cortó los días del mayor, y sus hermanos le siguieron al cementerio, inficionados del mismo veneno.

La madre sufrió una enfermedad que la condujo á las puertas del sepulcro; del padre se apoderó una languidez y una tristeza que durante algunos meses tomó el aspecto terrible y helado del idiotismo.

Al salir de aquella terrible crisis de su dolor, se hallaron rodeados de la más dolorosa soledad: aquella casa, antes tan alegre, tan animada con las bulliciosas risas y con los alegres juegos de los niños, se hallaba convertida en una tumba.

Así pasaron tres años: al cabo de este tiempo se anunció otro hijo, que fué esperado con ansia como el consuelo único de tanto dolor.

Pero en vez de un varón, vino una niña delicada y bonita como una miniatura, y á la que se le puso por nombre Gabriela.

Nada hay comparable á la ternura y al minucioso cuidado con que fué educada por su madre; no tuvo aya, ni otros maestros que un sacerdote

ilustrado y amigo de la casa, que la enseñó á leer, á escribir, y cuando llegó el tiempo, la preparó á la primera comunión.

Su madre la enseñó el dibujo y la música, artes ambas que poseía medianamente, y lo bastante para que su hija amenizase algún tanto las veladas domésticas: por lo demás, le bastaba tan mediana instrucción, pues, según el propósito de sus buenos padres, jamás había de asistir Gabriela á *soirées* ó reuniones, diversiones á las que eran muy opuestos, y que sobre los inconvenientes de los grandes gastos, tienen—decían ellos—otros muchos para las jóvenes, y sobre todo para las jóvenes que sólo aspiran á un modesto enlace.

Gabriela creció, pues, en la sencillez, en la modestia y rodeada de buenos y santos ejemplos: su padre era la misma probidad; su madre, la misma virtud; no esa virtud ceñuda, austera, descontentadiza, sino la virtud dulce, amable y llena de tolerancia y de bondad.

Hermosa, sencilla, llena de gracias y de encanto, no faltaron seducciones en derredor de Gabriela; pero aquella joven alma era demasiado delicada, y su sensibilidad demasiado profunda y exquisita, para prendarse de cualquiera, para tener coqueterías ó para dejarse llevar de ilusiones mentidas; por otra parte, sus padres no se decían sino con sumo pesar que llegaría un día en que Gabriela les abandonase por un esposo digno de ella: la soledad que volvía á amenazarles les ate-



rraba para los días de su vejez, que ya no se hallaban muy lejanos.

Lo que más sobresalía en Gabriela era una extrema dulzura de carácter, la que, unida á su exquisita sensibilidad y penetrante talento, hacía de ella un sér angelical y perfecto.

Vemos muchas veces en la vida equivocarse la impasibilidad con la mansedumbre: las personas que nada sienten son las que comúnmente pasan por bondadosas y sufridas: por el contrario, las naturalezas muy sensibles son desiguales é impetuosas en sus manifestaciones, que siempre siguen el curso de sus pensamientos; pero hallar reunidos en una misma persona un gran talento, una imaginación viva y mucha bondad, prudencia y tolerancia, es tan extraño como digno de admiración.

Gabriela, dichosa y tranquila al lado de sus padres, nada más deseaba: pocas veces había pensado en las dulzuras de la vida conyugal: presentáronla, de los diez y seis á los diez y nueve años, algunas proposiciones de matrimonio; vió á los pretendientes, y dijo á sus padres que no le agradaba ninguno de ellos para esposo suyo.

Una vez que su padre la estrechaba algo más que otras, para ver si su negativa era falta de reflexión ó aversión decidida al matrimonio, la joven le dió la más completa y satisfactoria explicación de sus ideas y sentimientos.

—Padre mío, le dijo, no creas niñerías lo que

es efecto de maduras y largas reflexiones; esta joven cabeza que tanto amas, es ya bastante pensadora: sé que la carrera de la mujer es casarse; pero no me uniré jamás á un hombre á quien no ame con todo mi corazón, á quien no respete profundamente, á quien no estime tanto como le ame y respete: el día que halle ese hombre en mi camino, le consagraré mi vida y mis pensamientos, sea pobre ó rico, de noble ó de humilde cuna: hasta ahora no le he hallado aún, y creo una baja traición casarme con el corazón vacío y no amar al que elija para compañero de toda la vida.

Pocos días después de esta conversación fué cuando tuvo lugar la pequeña fiesta de familia, que sólo en los cumpleaños de su esposa y de su hija daba el honrado y grave magistrado D. Salvador Mendoza, y en la cual fué presentado Pedro de Villalta por su amigo el Conde de B..., sobrino de la madre de Gabriela.

Fuese que Pedro estuviese fuertemente impresionado con las palabras de su amigo, ó bien que su deseo de casarse influyese en la disposición de su ánimo, ello es que Gabriela subyugó completamente su corazón.

Encontró en ella una joven que aun no había cumplido veinte años, hermosa, dulce, dotada de un carácter angelical, de un alma tierna y de una belleza simpática y llena de encantos.

Era una flor suave y perfumada, nacida bajo el abrigo del amor maternal, y que había crecido



en el retiro, sin haber sido azotada jamás por el vendaval de las pasiones.

Figuráos una joven alta y esbelta, de cabellos dorados, ojos de color de cielo y sonrisa de ángel, y tendréis una idea de Gabriela de Mendoza, aunque sea esta idea bastante imperfecta.

Su traje era de una extremada sencillez: llevaba un vestido de muselina blanca y lisa, sujeto á su delicado talle con un cinturón azul como sus ojos: sus rubios cabellos, ondeados naturalmente, sombreaban graciosa y púdicamente su frente de nácar, y un leve color de rosa animaba sus mejillas, redondas y satinadas con el fresco color de la inocencia, de la juventud y de la plácida alegría que constantemente reinaba en el fondo de su alma.

Cuando se acercó Pedro á su lado, alguna cosa se estremeció en el fondo de su corazón, que le avisaba haber llegado el instante de amar como sólo debía ella amar una vez durante su vida.

Aquella apacible velada, que se pasó cantando muy medianamente algunas jóvenes amigas de Gabriela, y tocando ésta el piano para que los demás bailasen, pareció muy breve á Pedro de Vi-Halta, acostumbrado á los círculos más aristocráticos de la corte, en los que se aburría de muerte.

Comparaba el semblante de nieve y rosa de Gabriela, su talle de ninfa y la gracia virginal y pudorosa de todos sus movimientos, con las caras arreboladas, los rizos postizos y los oprimidos ta-

les de algunas grandes señoras que se empeñan en gozar de una eterna juventud, y la sencilla cordialidad que presidía en aquella reunión, á la fatigosa etiqueta de los brillantes saraos.

Fué de los últimos que se retiró, y se despidió con pena de Gabriela y de sus padres, ofreciendo volver á visitarlos.

—¿Qué tal te ha parecido mi prima? le preguntó el Conde al llegar á la calle.

—¡Adorable! ¡mil veces adorable! exclamó Pedro con un entusiasmo que no pudo ahogar el rumor de las ruedas del carruaje.

—Ya lo sabía yo, repuso aquél: si yo no la amase como á una hermana, ya sería mi esposa.

—Pues qué, ¿ella te ama? exclamó Pedro poniéndose pálido.

—No, respondió el Conde tranquilamente; sólo me profesa un cariño fraternal; pero yo hubiera sido capaz de los mayores sacrificios por conquistar su amor: querido Pedro, mi prima es una de esas mujeres-ángeles que tan pocas veces se hallan sobre la tierra: ya que mi destino no ha sido hacerla mía, que sea tu esposa, y los dos seréis dichosos.

El silencio reinó entre los dos amigos hasta llegar á casa de Pedro, donde le dejó el Conde, retirándose en seguida á la suya.

Inútil es decir que el hijo menor del Duque D... no durmió en toda la noche.

Cuando se levantó, su resolución estaba defi-



nitivamente tomada: si Gabriela le amaba, quería casarse con ella.

Volvió á verla, y á la luz del día le pareció mil veces más bella y más encantadora.

Dos días después la habló de su amor, y una deliciosa turbación le dijo que podía esperar ser dichoso: pasaron algunos días más, y una noche, al dar el magistrado á su hija el beso de despedida, retuvo entre las suyas la mano de la joven y le dijo:

—Gabriela mía, me han pedido tu mano.

La joven se puso encarnada y ocultó su semblante en el seno del anciano.

—Ya presumo que conocerás á tu pretendiente, dijo éste con una bondadosa sonrisa: ahora bien, dime la verdad, ¿le amas?

—Sí, padre mío, respondió Gabriela levantando su frente con noble firmeza: le amo; estoy segura de ello: es el solo hombre á quien he querido con ese amor profundo, indispensable, á mi parecer, para la dicha conyugal.

—Entonces, le concederé lo que me pide; pero advierte que hay un inconveniente.

—¿Un inconveniente? exclamó Gabriela palideciendo.

—Vamos, no te asustes así, hija mía: lo que yo llamo un inconveniente, para otros padres y para otra novia sería una gran ventaja: lo que tu madre y yo llamamos inconveniente, consiste en que él es muy rico y tú eres pobre.

—¡Oh! eso no debe darnos cuidado, padre mío, exclamó Gabriela con un candor y una sencillez sublimes por su nobleza y espontaneidad: sé que es incapaz de sospecharme interesada: le perdonaremos su riqueza en gracia de otras mil bellas cualidades que le adornan.

Pedro recibió aquella noche un triple sí de los padres y de la hija.

¡Qué deliciosa velada se pasó, pensando en cómo se había de arreglar la casa de Pedro para dar gusto á Gabriela!

¡Cuántas pequeñas disputas! ¡cuántos graciosos altercados!

La novia quería cortinas rosadas en su gabinete de tocador: el novio las prefería azules, y, como gran razón, daba la siguiente:

—Amo ese color, porque así era el cinturón que llevabas la primera noche que te ví.

Arregláronse por fin todas las diferencias, y un mes más tarde Gabriela de Mendoza juraba al pie del altar amar siempre á su esposo, el feliz, el orgulloso y enamorado Pedro de Villalta.